

EL PAÍS

ARCHIVO

EDICIÓN
IMPRESA

DOMINGO, 8 de marzo de 2009

LA ZONA FANTASMA

Películas únicas

JAVIER MARÍAS | 8 MAR 2009

Archivado en: Opinión Cine

De los muchos libros que ya llevan mi firma, estoy particularmente satisfecho de uno que me debe muy pocas páginas, pero sí la selección y la idea, publicado hace veinte años. Se llamó *Cuentos únicos*, y era una antología de relatos raros, en su mayoría ingleses, de miedo, y escritos por autores desconocidos: gente que no había pasado ni a la historia menor de la literatura pero que en mi opinión había acertado de lleno una sola vez, y de ahí lo de "únicos". Escritores ocasionales o malogrados, con una obra insuficiente, en cuanto a calidad, para quedar en la memoria de nadie, pero de los que valía la pena dar a conocer esas pequeñas joyas que por azar habían producido, sin ni siquiera darse cuenta de lo que eran.

"Tengo especial simpatía por lo que se hace desde la modestia y la falta de pretensiones"

Tengo especial simpatía por lo que se hace desde la modestia y la falta de pretensiones, algo que casi ha dejado de existir. Una de las pruebas es que no hay ya película que no se anuncie como "un film de Fulano de Tal", aunque ese Fulano sea un debutante y no lo conozca nadie. La fórmula estaba reservada a los cineastas muy consagrados (John Ford, Orson Welles o el sobrevalorado Fellini),

la cualquier indocumentado. Y algo parecido ocurre con las novelas. No hay quien presente una novedad sin redoble de tambores y trompeteo, por lo que las decepciones son moneda corriente y *rara avis* las gratas sorpresas. Hace dos semanas anuncié que, si les parecía, otro día me animaría a recomendar algunas antiguas películas que, sin ser obras maestras, me dejaron un recuerdo indeleble, a veces por una sola escena. A unos cuantos lectores les ha parecido bien, así que aquí van unas pocas así, honradas, modestas y sin pretensiones, con las que sin embargo uno aprendió mucho y disfrutó -según dice siempre Augusto M. Torres- como sólo se hace en las edades de la inocencia. Todo venía -recuerdan- de una cena con Pérez-Reverte y Díaz Yanes, y el primero ya cumplió su promesa, allí donde escribe cada domingo, de recomendar una larga lista de películas de guerra que casi plenamente suscribo. Ahora me toca cumplir con mi parte, aunque sin limitarme a un solo género.

Siento gran debilidad por *Espía por mandato*, de George Seaton, en la que William Holden y Lilli Palmer colaboran para sabotear a los nazis, y gracias a ellos se produce un bombardeo con muchas víctimas. Ella, sin embargo, es católica, y le remuerde la conciencia. Decide ir a confesarse, pero en el confesionario se ha introducido un agente de la Gestapo, al que no puede distinguir a través de la rejilla. No la veo desde hace mil años, pero esa escena la tengo grabada. Lo mismo me sucede con *Bajo diez banderas*, de Duilio Coletti, con el incomparable Charles Laughton, en la que un espía ha de abrir una caja fuerte, el camino hasta la cual está protegido por un sistema de alarma de rayos infrarrojos que él, con unas gafas especiales (y el espectador, por tanto), ve como una terrible maraña de hilos entrecruzados. Si roza uno solo, se disparará la alarma y será capturado y ejecutado. Pocas veces he sentido más emoción que con sus piruetas en el laberinto.

Tampoco es fácil volver a ver *Río Conchos*, de Gordon Douglas. Lo que mejor recuerdo es el precedente del Kurtz de *Apocalypse Now* (no del de *El corazón de las tinieblas* de Conrad, evidentemente), encarnado por Edmond O'Brien, un antiguo oficial confederado (aún

conserva el uniforme), dueño y señor de una especie de ciudadela en México poblada por desalmados. También el Peckinpah de *Grupo salvaje* le debe mucho a esa olvidada película. En cuanto a *Último tren a Katanga*, de Jack Cardiff, no sé a qué esperan las casas de DVDs para recuperarla, estando de permanente actualidad su tema: mercenarios, diamantes y el Congo, contado todo con fuerza y brío, impresionante sin necesidad de truculencias. Más reciente y más famosa, pero me temo que también ya olvidada, es *El ojo de la aguja*, de Richard Marquand, en la que Kate Nelligan, que vive con un marido paralítico y su hijo en una diminuta isla británica con faro, se enamora de Donald Sutherland sin sospechar que es un espía nazi absolutamente despiadado. No hay muchas películas en las que haya soportado tanta tensión, eso tan difícil de conseguir que sientan los espectadores contemporáneos.

Pasando a géneros más sosegados, pocas escenas me han divertido tanto como una, a la vez bonita y ridícula, de *Mi amor brasileño*, de Mervyn LeRoy, en la que Ricardo Montalban primero le canta a Lana Turner una canción disparatada y luego baila con ella una samba hasta desmayarla. Por último, dos películas de Greer Garson, actriz ocultamente sensual a la que pocos recuerdan: *La historia de los Miniver*, de H. C. Potter, secuela de la mucho más célebre *La señora Miniver* y una de las mejores y más delicadas historias de amor profundo que he visto. Y *Niebla en el pasado*, de Mervyn LeRoy, en la que ella es abandonada por su marido Ronald Colman al recuperar éste la memoria que había perdido durante la guerra y regresar a su antigua vida, sin acordarse de que tenía iniciada una nueva en su compañía

A ver si salen en DVD las que faltan. Cada una a su manera, todas estas también son, para mi memoria, películas "únicas".